

LA CRÓNICA

La frontera

ARCADI ESPADA

— No sé si un alguien que va de putas puede ser alcalde, pero un traidor seguro que no puede serlo.

Por ahí traza su frontera Josep Ricart, payés de oficio y alcalde de Vilamalla —en el Alt Empordà, a un paso de Francia— desde junio de 1992, el mes en que Ferran Prat pasó de la alcaldía a la cárcel tras una ligera estancia en la cama de una menor. Explicándose, Ricart demuestra un conocimiento espontáneo y profundo de los entresijos narrativos del drama:

— Esta silla... Esta silla yo no la quería para nada. Es ahora cuando me siento alcalde. Ahora, después de la traición. Lo había tratado como a un padre, había ido a verle a la cárcel cuando todos le daban de lado. "¿Y así me lo pagas?", le dije aquí, aquí mismo, cuando vino a verme. "Es muy poco de hombres eso que me haces". Yo le habría dejado la alcaldía al día siguiente de salir de la cárcel. Pero así, por la espalda, nunca.

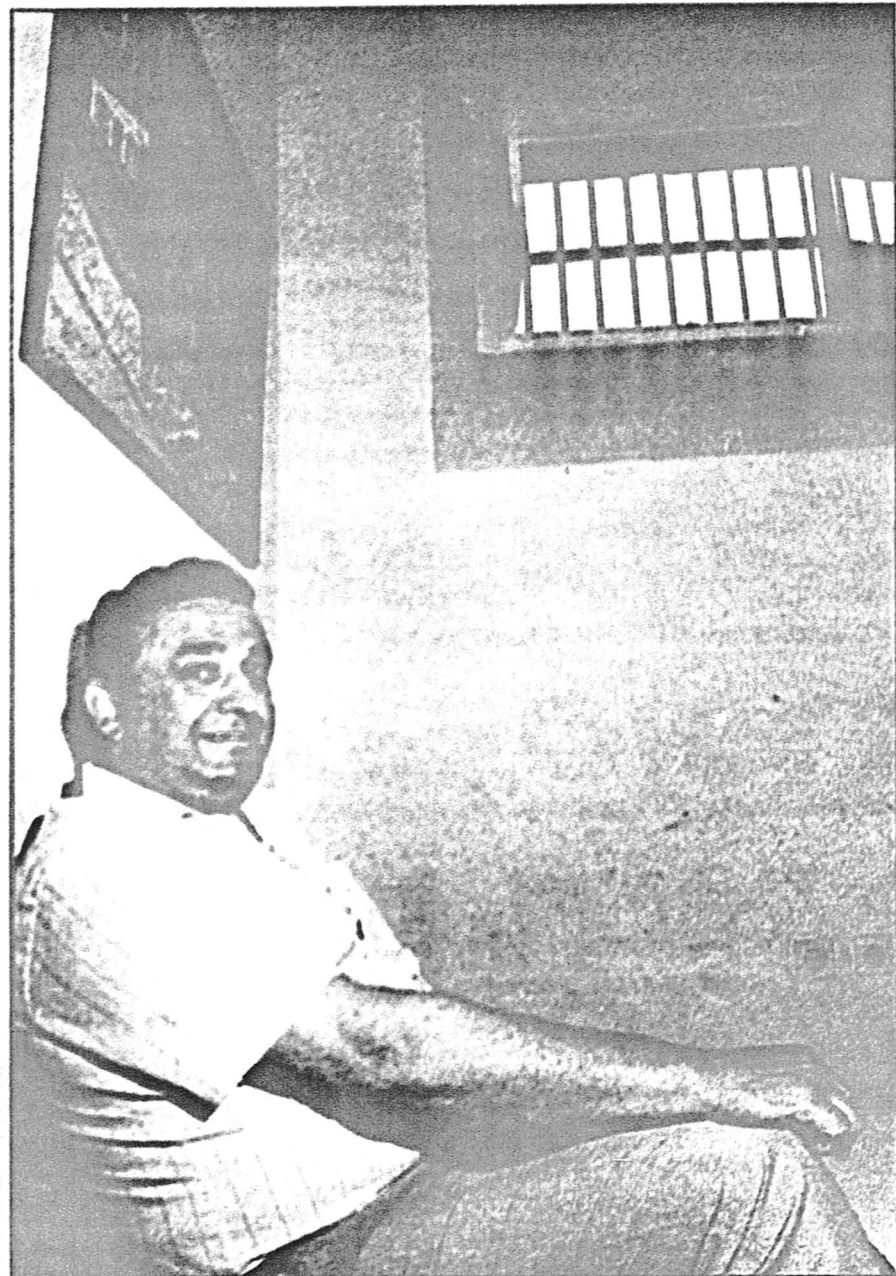
Por la espalda: es decir, a través de la moción de censura que Prat presentó con el apoyo de tres concejales y que ya han retirado. Los fronterizos señores Vila, Torres y la señora Capellera han vivido estos días con un pie a cada lado. Listísimos. Ricart no los quería en el Ayuntamiento.

— Yo el asunto lo dejo a su conciencia. Pero no olvidaré nunca que por la mañana despachaba cordialmente con Vila asuntos de trámite y por la tarde me había presentado la moción. Ellos verán.

Una hija, primero, y su mujer más tarde, repiten que Prat no está hoy en casa. Tampoco en el trabajo: se dan por liquidados sus pequeños negocios relacionados con la payesía. Desde 1987 este hombre no ha sido nada más que alcalde: unas 100.000 pesetas al mes, los lógicos sobresueldos y una posición amable en la sociedad rural ampurdanesa. Solía ser un buen anfitrión en las matanzas del cerdo y otras extrañas curiosidades campestres: en ellas se reunían los amigos y los jóvenes, los jueces, los militares y el gobernador. Buenos tiempos. Vilamalla, bajo su mandato, se había hecho con la aduana fitosanitaria —incapaz La Jonquera de asumir el aumento de intercambio que supuso la entrada en la CE— y había facilitado la instalación de un polígono industrial.

No está en casa el que fue alcalde cuando todo eso, pero cabe imaginarlo: su frontera ética era sólo la ley, y la ley no lo ha condenado. Si alquiló una menor fue sin saberlo. No hubo delito, debía haber alcalde: Ferran Prat, marchoso absuelto.

La alquiló aquí. Las mañanas de un burdel son dramáticas: sin la noche y sin la alevosía de los destellos fluorescentes sobre las siluetas, un burdel es su esqueleto. Empordà 2000 —apartamentos, restaurante, barra americana— está, además, abierto en precario. Sólo el restaurante



Ferran Prat en la celda de la prisión de Figueras.

PERE DURAN

y tal vez los apartamentos mantienen una cierta actividad, muy vulnerada por el recelo. Sobre los dueños pesa la posibilidad de una condena y es natural que ladren así los perros ante el visitante, un peligroso presagio más que un ladrido, media vuelta, mocito, que aquí cayó el rayo.

— ¿Qué quieren?—, un hombre algo hosco pregunta menos que advierte.

— Comer.

— Voy a ver.

Las averiguaciones se dilatan y sólo cabe despedirse de los perros. De este lugar, en su momento, la policía mostró detalladas películas que impresionaron a la gente. Aquí debía de cocerse el vicio entre bañeras redondas y muros de espejos, aquí la voluntad sólo buscaría el golpecito blando de la cabeza sobre los almohadones. No hay por qué dudar. Pero el interiorismo de un burdel es tan eficaz y simple como el de una habitación de hotel en París: casi todo lo pone el cliente. Por lo demás, éste es un burdel de frontera, para

grandes toneladas: las sólidas tarjetas de crédito intervenidas cuando la redada sólo demuestran una fascinación por lo cutre documentada muy ampliamente.

La gente del 2000 cruzó también su frontera. No sólo la evidente —quebrar menores mucho antes de que lo haga la vida es un asunto sucio e imperdonable—, sino también la que dicta la ley no escrita de los alrededores: las menores y esos aires de gran complejo libidinoso le llevaron a ganar mucho más que los otros. Los otros... Ah, ah: Vilamalla tiene 600 habitantes y no menos de 10 burdeles a paso de hombre, Manol, Baby Doll, Copa 2, Oasis... Un serio porcentaje que place al demonio, pero donde la alta competencia exige el equilibrio. Todos han de vivir aquí y el mercado único avecina malos tiempos para las fronteras. El 2000 sacó mucho pecho y acabó pagándolo.

Ricart, Prat, los tres concejales, el club 2000... La frontera es un magnífico paisaje narrativo: aquí todo es dudoso y tiembla.

Ferran Prat retira la moción de censura ante la falta de apoyo

Un
Oli
de l
nue
luñ
cen
zar
en
rop
sos,
Y, j
es e
bra
se v
resj
sar
ma
con
en l
I
tra
inte
una
en c
van
viaj
ción
mun
el q
geó
com
actu
ras,
per
trau
curs
inci
secc
nue
cab
nue
cerr
emb
ma.
que
cab
cóm
lo s
reco
gur
I
del
la a
quie
bie
otea
a la
alm
actu
sotr
nue
seri
com
cau
gran
que
nue
Qui
tien
dele
no,
lita,
cro